

CRUCES DE TÉRMINO

Por JOAQUIN GIRONELLA GARAÑANA

Si nos detenemos en pasar la vista atrás, en lo que hace referencia a historia y tradiciones de nuestra querida región, no cabe duda que podremos constatar el afán de nuestros antepasados en dejar constancia de sus arraigadas creencias religiosas, levantando a lo largo y ancho de la geografía regional, multitud de ermitas y de cruces de término, como homenaje a la Virgen Soberana y a Cristo redentor, viniendo a constituir como recios mojones en la senda por la que discurrieron sus pasos fugaces en esta vida terrenal.



¿Quién de los que en sus cabezas apuntan ya algunas canas, recorriendo los caminos de Cataluña, no se habían detenido muchas veces ante una cruz de término que aislada en medio de un campo de labor, venía a representar como un descanso en el camino y una esperanza al final de la dura jornada?

¿Quién no se había extasiado contemplando la belleza de aquellas cruces de término, moldeadas unas veces por manos toscas y sencillas y en otras, por las de verdaderos artistas?

¿Quién no había descansado en los peldaños rústicos de una cruz de término y junto a ella no sintió toda la emoción de una devoción antañosa de un pueblo y no pudo detener una plegaria que sigilosamente le escapaba de sus labios?

Cataluña era una región que poseía una gran riqueza de estas joyas artístico-religiosas que se levantaban en los cruces de los caminos, no lejos de las poblaciones, algunas veces en medio de una de sus principales plazas o paseos. Su presencia venía a representar el espíritu religioso que, formado al temple y practicado en el hogar, había de manifestarse en medio de los campos y era como una plegaria perpétua que imploraba vigor para el trabajo y abundancia en las cosechas.

Junto a las mismas, descansaban los mendigos de paso cansino, cuando en su peregrinar de pueblo en pueblo se dejaban caer rendidos por la fatiga al pie de la cruz; hasta las mismas,

muchas veces llegaban las procesiones de rogativas, para implorar la beneficiosa lluvia; desde aquellas cruces se procedía a la bendición del término, para que el Dios Todopoderoso guardara al pueblo de enfermedades, de epidemias al ganado y de tempestades y pedriscos los campos. Junto a las cruces habían incluso a veces buscado protección los perseguidos por la justicia; a su vera, se habían jurado amor eterno los enamorados.

Llegó pero un momento —concretamente en los años nefastos de la República—, cuando el torbellino de lo que algunos se empeñaban en llamar tiempo de ideas renovadoras, cuando no eran más que portadoras de un odio a todo lo que simbolizara a Dios y a la Patria, cuando aquellas cruces acogedoras, aquellas cruces amorosas, aquellas cruces santas, cayeron la inmensa mayoría al golpe del mazo destructor, de la palanca demoledora o del tirón de una cuerda aterradora.

La sombra simpática y acogedora de la cruz de término, no era buscada por los corazones satánicos que nada sabían de amor; la dulzura de la cruz de término no era bendecida por los labios que sólo proferían blasfemias; la belleza de la cruz de término no acertaban a verla ni a recrearse con su visión, aquellos ojos que sólo sabían escudriñar en las tinieblas. El símbolo de la cruz no podía levantarse delante de la impotencia de los que se habían revelado contra el cielo.

Y en este ambiente de odio, entre blasfemias y en la oscuridad y el delirio, una detrás de otra fueron cayendo las cruces y nuestros campos de una gran placidez y nuestros pueblos, antes graciosos y amables y nuestras llanuras ubérrimas y esplendentes, quedaron desoladas. Desolación que no otra cosa representaban aquellos montículos de piedras que antes habían constituido una cruz. Desolación real y viva que acongojaba el pecho de pena y hacía brotar unas lágrimas de conmiseración.

Las cruces de término eran como las anillas de una cadena de amor que circundaba y unía todos los pueblos de nuestra región. La cadena se rompió y los pueblos quedaron separados por el odio y empezaron a mirarse con rencor y a alejarse espiritualmente.

Pasó la avalancha impía y satánica. España, gracias al sacrificio de sus mejores hijos, volvió a encontrarse a sí misma. Ello costó mucha sangre y muchas vidas, pero el ideal de Dios y de Patria floreció de nuevo en los corazones dentro de un ambiente de paz y de concordia. Pronto aquellos pedazos de las cruces enterrados y casi olvidados, germinaron como una semilla esplendorosa y en el mismo lugar se levantaron nuevas cruces que continuaron señalando los caminos, bendiciendo los campos y guardando a los pueblos.

Mojones de los términos de todos ellos, las nuevas cruces han sido también los mojones que separan aquella desolación pasada, de esta etapa de bendición y de paz, en la que los pueblos viven hermanados por el amor sin mirarse con el más leve rencor y acercándose espiritualmente de forma amable y efectiva. ¡Este es el milagro de las cruces de término!